Hace ya muchísimos años llegaron a la Argentina desde Italia, Anna María e Hidalgo, ambos escapando de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Se conocieron y enamoraron bailando en las confiterías de Rosario, para luego casarse y formar una hermosa familia con dos hijas, Alejandra y Gloria.

Con todos los amigos varones que Alejandra tenía, y con una hermana embarazada a los diecisiete, causaba bastante polémica en la escuela de monjas. Además, a los quince años conoció a Gerardo, un chico que iba a la misma iglesia que ella los domingos y que al igual que ella, era muy amiguero, canchero y salidor. Así, empezaron un interminable romance, que sobrevivió muchos viajes y temporadas a distancia.

Se podría decir que su vida y disfrute matrimonial no duró mucho, ya que en la luna de miel Alejandra quedó embarazada de su primer hijo, Gerardo. De esta manera los años fueron pasando y con cinco hijos más, después de veinte años, recibieron por accidente una sorpresita. La séptima hija. Es decir, yo.

Mi nombre es Josefina Pire y actualmente tengo 18 años. Nací un diez de septiembre del 2002 en la ciudad de Rosario. De mis primeras etapas no me acuerdo mucho, pero se dice que siempre fui una persona muy malcriada por sus padres y hermanos, e histriónica, que empezó a hablar a los nueve meses y desde ahí nunca paró.

Mis primeros recuerdos indican que toda la vida tuve una gran inclinación al arte. El adjetivo que más se usaba, o se usa, para describirme era “personaje”, y mis primeras aspiraciones eran ser una famosa cantante o actriz. Pero, aunque a los tres años de edad mi mamá me llevaba a danza clásica, mis padres eran más de incentivar el deporte. Así empecé hockey, pero empezar no significa disfrutar. Bien clarito tenía que no había nacido para ello, ya que con solo cinco años de edad le confesé a mi hermana Carolina que, aunque sabía que no era para mí, estaba dispuesta a intentarlo.

Años de insistirles a mis padres para dejar hockey pasaron, pero ellos creían que debía de hacer alguna actividad extracurricular por sus aspectos sociales y

deportivos. Desde el día que empecé la primaria, comencé a tener muchas conversaciones de querer empezar comedias musicales con mi madre, pero ella creía que al igual que con la danza, era un sentimiento pasajero contagiado por mis compañeras. Cuatro años de peleas los sábados por las mañanas, que eran los días que jugábamos partidos, pasaron, y mis padres ya hartos me dejaron empezar comedias musicales con la condición de seguir hockey y sacar buenas notas en el cole.

Ese mismo año, con diez añitos recién cumplidos y una gran pasión no tan propia para mi edad, hice con solo seis días de diferencia dos personajes con eternos diálogos y mucho protagonismo, Annie de “Annie la huerfanita”, y Simba de “El Rey León”. Estos dos acontecimientos fueron prueba suficiente para Alejandra que el deporte claramente no era lo mío, y así, un año después, lo logró convencer a Gerardo de que me deje abandonarlo.

Más tarde, al año siguiente nació mi primera sobrina, Delfina. Esta fue una de las alegrías y uno de los aprendizajes más grandes de mi vida, ya que, acostumbrada a estar rodeada de hermanos mayores y padres que me cuidaban muchísimo, aprendí a amar sin recibir nada a cambio. Teniendo hermanos grandes los sobrinos no pararon de aumentar en cantidad (actualmente tengo cuatro y uno en camino), demostrándome que siempre hay más amor para dar.

Ese mismo año ya estaba haciendo mi primera obra profesional, ad honorem por supuesto. Y luego de siete años en la misma academia, la cual consideraba mi segundo hogar, tomé la importantísima decisión de comenzar a profesionalizarme independientemente en el canto. Con un gigante registro de patologías vocales, y tres intensos años de rehabilitación fonoaudiológica descubrí que el canto era mi caballo de batalla. Sin embargo, tenía una necesidad latente de expresar mis sentimientos a través de personajes, ya que eso había sido lo que me incentivó a tomar clases de comedias musicales en primer lugar.

Habiendo retomado el teatro, llegó a mi vida “Querido Juan”. Una hermosa obra contra el bullying, adaptada por mi profe de canto y madrina del arte, Gina, y mi

profesor de teatro. Hicimos muchísimas funciones en escuelas y para público abierto. Una experiencia definitivamente inolvidable.

Sin embargo, el gran destacado de mi recorrido hasta ahora, fue el intercambio artístico a Nueva York, dónde formé una segunda familia y tomé clases con personas a las que admiraba enormemente. Lo más importante de este viaje, sin embargo, fue que aprendí a conectarme con mi interior y mis sentimientos, ya que antes de este me caracterizaba por ser una persona bastante fría y poco demostrativa.

Me imagino que mi pasión quedó bastante clara. Pero no todo es de color de rosas. Además de representar una de las partes más importantes de mi vida, también representa mis mayores miedos y preocupaciones. Siendo una de las industrias más complicadas, mi pasión crea en mí una ansiedad y un miedo de no poder ser feliz en el plano laboral que me quitan horas de sueño. Pero de eso se trata mi deseada profesión, de salir constantemente de mi zona de confort y de estar permanentemente enfrentada a desafíos tanto emocionales, como laborales.